

tengo mucho por qué dar gracias á aquel Padre celestial, que por ministerio de vuestra doctrina ha dado luz á mi entendimiento, y consolado mi ánima, y confirmádome en la fe: la cual, ayudándome él, será mi adalid y mi guía, para ir á gozar de la bienaventuranza de su gloria. La cual tiene él prometida á los que siguiendo

esta guía tan cierta, caminaren derechamente por la senda de sus santos mandamientos. Cuyo nombre sea para siempre bendito, pues yendo yo tan descaminado, me volvió á la carrera de la verdad; y á vos dé el galardón de la luz y doctrina que aquí me habeis dado.

FIN DESTA CUARTA PARTE.

[Faint, mostly illegible text in the left column of the page, likely bleed-through from the reverse side.]

[Faint, mostly illegible text in the right column of the page, likely bleed-through from the reverse side.]

QUINTA PARTE

DE LA INTRODUCCION

DEL SIMBOLO DE LA FE,

LA CUAL ES UN SUMARIO DE LAS CUATRO PRINCIPALES PARTES QUE SE TRATAN EN LA DICHA INTRODUCCION.

Añadióse un tratado de la manera de enseñar los misterios de nuestra fe á los que se convierten de los infieles.

AL SERENISIMO SEÑOR PRINCIPE ALBERTO,

ARCHIDUQUE DE AUSTRIA, CÁRDENAL DE LA SANCTA IGLESIA ROMANA, LEGADO DE LATERE APOSTÓLICO, Y GOBERNADOR DE LOS REINOS Y SEÑORÍOS DE PORTUGAL (*).

TIENE V. A. con su acostumbrada benignidad y clemencia tan captivos los corazones de todos los que le conocen, que no pueden dejar de tener grande deseo de servirle, y gran cuidado de suplicar á nuestro Señor le dé largos dias de vida para bien y consolacion destes reinos de la corona de Portugal. Y entre estos que llamo captivos, me tengo yo por uno de ellos; y tanto mas, quanto mas conocimiento tengo de las grandes virtudes que nuestro Señor puso en la real persona y ánima de V. A. Y deseando yo (para cumplir con este mi deseo) hacer algun servicio á V. A. no hallé otro, sino ofrescerle aquí el postrer parto de mis trabajos pasados; que no sé si por ser el postrero, es mas querido que los otros, conforme á lo que está escrito del sancto patriarca Jacob: el cual queria mas á Josef, que á los otros sus hijos, por haberlo engendrado en la vejez (a). Es este libro la quinta parte del libro llamado INTRODUCCION DEL SIMBOLO DE LA FE, y es summario de las cuatro partes precedentes dél; pero de tal manera es summario, que tiene muchas consideraciones acrescentadas, que despues se han ofrescido. Y aunque la doctrina y materia deste summario principalmente pertenesce á la fe, que es la perfeccion de nuestro entendimiento; pero tambien se ha tenido intencion á mover la voluntad al amor y temor de nuestro Señor, y guarda de sus santos mandamientos, que es el fin de todas las escripturas cristianas.

Reciba pues V. A. con su acostumbrada benignidad este pequeño presente, para que si las muchas ocupaciones del gobierno no le dieren tanto lugar para leer en esotro libro mayor, pueda leer en este mas pequeño la substancia de lo que aquel mayor contiene: cuya Serenísima persona y estado nuestro Señor prospere con largos dias de vida, parabien comun deste reino, y de toda la Iglesia cristiana.

AL CRISTIANO LECTOR.

DESPUES de acabadas, cristiano lector, las cuatro partes de la INTRODUCCION DEL SIMBOLO DE LA FE (donde se trata de las excelencias della, y de los principales misterios que en ella se contienen) pareció necesario hacer esta recapitulacion y summario de lo contenido en ellas, para que así se pudiese mejor retener en la memoria lo que allí difusamente se trata. Y será necesario advertir aquí primeramente la orden que en este summario seguimos; y esta es la misma que guardamos en las cuatro partes que aquí se recapitulan. Porque en la primera parte de aquel libro mayor seguimos la orden que en toda buena doctrina se guarda: que es proceder de las cosas fáciles á las dificultosas, y de las claras á las oscuras, y de las mas conocidas á las menos conocidas, y finalmente de las cosas que se alcanzan por la lumbré natural de la razon, á las que se alcanzan por la lumbré sobrenatural de la fe, que es mas alta. Y porque entre las que se alcanzan por lumbré de razon, la primera á nuestro propósito es, que hay Dios: esto es, un supremo Señor y gobernador deste mundo; y que él por la soberanía de su grandeza, y por la muchedumbre de sus beneficios debe ser legitimamente venerado, estas dos cosas se tratan brevemente en la primera parte deste summario: la cual corresponde á la primera parte de nuestra INTRODUCCION.

Tras esta primera parte entra luego muy á propósito la segunda: que es probar claramente que esta verdadera religion y veneracion que á Dios se debe, es la cristiana; y que fuera della ninguna hay que sea verdadera y agradable á Dios.

(* Esta dedicatoria se halla en la edicion de Salamanca del año de 1585, por los herederos de Matias Gast. (a) Genes. 37.

Mas en la tercera parte descendemos al profundo misterio desta sanctissima fe y religion, que es la obra de la redempcion. En la cual, supuesta la fe deste misterio, se prueba claramente que aunque nuestro Señor pudiera redimir el mundo por otros muchos medios, pero que ninguno habia mas conveniente, asi para la gloria suya como para el remedio de nuestra miseria, que el de la encarnacion y pasion de nuestro Salvador.

En la cuarta parte se trata tambien deste misterio; mas de otra manera: porque en ella se muestra por las escripturas de los profetas, y por las obras que (segun el testimonio dellos) Cristo habia de obrar en el mundo cuando viniese, que es el verdadero Mesias prometido en la ley; pues todas las señales que para conocerlo nos dieron los profetas, perfectísimamente concurren en él. Lo cual no ménos sirve para confirmacion de nuestra fe, que lo pasado. Porque ver que las profecias destas obras fuéron escriptas muchos años ántes, y ver despues punto por punto el cumplimiento dellas, es una de las mayores confirmaciones que tiene nuestra fe. Y por este medio el apóstol Sant Pablo no solo convencia á los fieles que habian creído de la circuncision (que recibian las sanctas Escripuras), sino tambien á una gran muchedumbre de gentiles, hombres y mujeres, como se lee en el cap. 17 de los Actos de los Apóstoles. Pero mas particularmente sirve esta doctrina para los que cada dia trae nuestro Señor de la circuncision al Evangelio: para los cuales hay colegios diputados en algunas insígnies ciudades de la cristiandad; y para estos (que aun están tiernos en la fe) era necesario declararles los fundamentos firmísimos que tienen para creer; porque no crean así á bulto, sino con la claridad y fundamento que para esto nos dan las sanctas Escripuras; y los que están ya firmes en la fe, con la luz desta doctrina se alegrarán y confirmarán mas en ella.

En lo cual parece que aunque sean muchos los provechos que desta escriptura se pueden colegir, pero uno de los mas principales es aclarar los misterios de nuestra fe, y confirmar los fieles en ella, mostrándoles la hermosura y excelencias que tiene, para que así con mayor amor y devocion la abracen y estimen. Lo cual aunque en todos tiempos sea necesario, pero mucho mas en estos, donde por nuestros pecados la fe ha recibido tantas heridas, y padescido tan miserables naufragios, como cada dia vemos y lamentamos. Callo otros grandes fructos que de la fe formada (que es acompañada con caridad) se siguen.

Mas aquí advierto que este summario de tal manera es summario de las cuatro partes de nuestra INTRODUCCION, que á veces añade otras nuevas consideraciones y sentencias que despues acá se han ofrecido: por lo cual nadie se debe espantar que haya tanto crecido este libro. Mas por la parte que es summario, no se excusa repetir algunas sentencias por los mismos términos que en la INTRODUCCION se escriben, cuando contienen la misma brevedad que aquí se pretende. Lo dicho basta para aviso del cristiano lector.

PREAMBULO DESTA PRIMERA PARTE,

QUE TRATA DE LOS GRANDES FRUCTOS Y PROVECHOS QUE SE SIGUEN DE LA FE FORMADA CON CARIDAD.

Porque en este summario señaladamente se trata de nuestra fe, y de los medios por donde se confirma y cresce en nuestras ánimas, será cosa conveniente resumir aquí en breve los grandes fructos y provechos que della se siguen; para que con mayor estudio se muevan nuestros corazones á procurar por alcanzar esta tan preciosa y rica joya. Pues conforme á esto decimos que la fe es primer fundamento de la vida cristiana, y la raiz y principio de todas las virtudes. La fe es la primera piedra sobre que se funda todo el edificio de la vida espiritual. La fe es el norte y la carta de marear con la cual navegamos seguramente por el mar tempestuoso deste mundo. La fe nos pone delante las principales razones y motivos que tenemos para el amor y temor de Dios: que son paraíso, infierno, juicio final y pasion de Cristo nuestro Señor, con todos los otros beneficios divinos. La fe nos declara mas perfectamente la hermosura de la virtud, y la fealdad del pecado, para que amemos lo uno y aborrezcamos lo otro. La fe nos descubre las celadas y artes de nuestro adversario, y nos provee de remedios saludables contra él. Y por concluir muchas cosas en pocas palabras, la fe es maestra de nuestra vida, principio de nuestra justificacion, fundamento de la esperanza, sabiduria de los humildes, filosofia de los ignorantes, esfuerzo de los flacos, consuelo de los tristes, freno de los pecadores, acusadora de los malos, refugio de los buenos, y tormento perpetuo de la mala consciencia. Y sobre todo esto, la fe (cuanto al conocimiento) levanta al hombre sobre la naturaleza humana, y lo pone en la orden de las cosas sobrenaturales y divinas: por ser ella una lumbrera sobrenatural que el Espiritu Santo infunde en nuestras ánimas, la cual sin razones ni argumentos humanos nos inclina á creer firmemente todo lo que Dios nos tiene por medio de su Iglesia revelado.

Pues como sean tantos y tan grandes los fructos y provechos de la fe, siguese que uno de los principales cuidados y oficios del buen cristiano ha de ser, que así como trabaja por crescer en la virtud de la caridad para amar mas y mas á Dios, así procure de crescer mas y mas en la fe para alcanzar mas claro conocimiento de Dios.

TRATADO PRIMERO.

CAPITULO I.

Del primer artículo de nuestra fe, que es: CREO EN DIOS.

La primera cosa que entre los artículos de la fe se nos propone para creer, es que hay Dios: conviene á saber, que hay en este universo un soberano príncipe, un primer movedor, una primera causa de que penden todas las otras causas: un primer principio sin principio que dió principio á todas las cosas criadas, y una primera verdad y bondad de que proceden todas las verdades y bondades. Este es el fundamento de nuestra fe, y la primera cosa que se ha de creer. Y así dice el Apóstol (a) que el que se quiera llegar á Dios, ha de creer que hay en este mundo Dios. Y es tan manifiesta en lumbrera de razon esta verdad, que se alcanza por evidente demonstracion: como lo alcanzaron muchos filósofos, y la alcanzan hoy dia todos los sabios, conociendo por los efectos y obras que en este mundo ven, la primera causa de do proceden, que es Dios. Por lo cual dice Sancto Tomas (b) que los sabios no tienen fe deste primer artículo, porque tienen evidencia dél; la cual no se compadesce con la escuridad que está anexa á la fe. Mas los ignorantes que no alcanzan esta razon, y lo creen porque Dios lo reveló, tienen fe deste artículo.

Mas veamos agora los fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar esta verdad; lo cual servirá para abrazar con mayor alegría lo que testifica nuestra fe; porque cuando se casa la fe con la razon, y la razon con la fe, contextando la una con la otra, cáusase en el ánimo un nobilísimo y suavísimo conocimiento de lo que testifica la fe.

§. I.

Primera razon, que procede por el movimiento de todas las criaturas corporales.

Entre estos fundamentos el primero que tuvieron procedió de considerar el movimiento de los cielos. Para cuya inteligencia se ha de presuponer que todas las cosas que se mueven corporalmente tienen dentro ó fuera de sí alguna virtud ó fuerza que las mueva. Lo cual se ve claramente así en el hombre como en todos los animales; en los cuales el cuerpo es el que se mueve, y el ánimo la que lo mueve. Y esto parece ser así, porque faltando el ánimo, falta luego el movimiento que della procedia. Pues dejemos agora los movimientos de la tierra, y subamos al movimiento del mas alto cielo, que está sobre el cielo estrellado, el cual mueve los otros cielos inferiores, y es causa de todos los movimientos que hay acá en la tierra; el cual se mueve con tan grande lijereza, que en un solo dia natural da una vuelta á todo el mundo. Pues este cielo, segun lo presupuesto, ha de tener movedor que lo mueva. Pues deste movedor se pregunta, si en su sér, y en la virtud que tiene para causar este movimiento, tiene dependencia de otro, ó no. Si no la tiene, sino por sí mismo tiene su sér y su poder, es tal llamarémos

(a) Heb. 11. (b) 1. p. q. 2. art. 2.

Dios; porque solo Dios es el que como superior de todas las cosas, no pende ni en su sér, ni en su poder de nadie, sino de sí mismo. Mas si me decís que tiene otro superior de quien depende cuanto al sér, y cuanto á la virtud del mover, dese superior haré la misma pregunta que del inferior; y procediendo en este discurso, ó se ha de dar proceso en infinito (lo cual es imposible), ó habemos finalmente de venir á un primer movedor de que penden los otros movedores, y á una primera causa de cuya virtud participan su virtud todas las otras causas; y esa es á quien llamamos Dios. Esta es la demonstracion por donde los filósofos probaron que habia un primer movedor, y una primera causa de las causas, que no pedia de nadie, sino de sí misma. Y los que penetran la fuerza desta demonstracion, no tienen fe deste primer artículo; porque tienen (como dijimos) evidencia dél. Y para estos no se llama este artículo de fe, sino preámbulo della: como dice el mismo sancto doctor (c).

§. II.

Segunda razon, por el natural instinto de los animales.

A esta razon se añade otra muy acomodada á la capacidad del pueblo, y muy eficaz; que es, ver las habilidades que todos los animales tienen para su conservacion: esto es, para buscar su mantenimiento, y para defenderse en sus peligros, y para curarse en sus enfermedades, y para criar sus hijos. En las cuales cosas hacen todo lo que á estos fines pertenesce, tan perfectamente como si tuvieran razon, no la teniendo. De donde se concluye haber en el mundo una summa razon y sabiduria que crió todos estos animales con tales inclinaciones, que por medio dellas hagan todo aquello que conviene para su conservacion, tan enteramente como si tuviesen razon. Esto tratamos en nuestra Introduccion del Símbolo por muchos y diversos ejemplos en que esto se ve claro; de los cuales apuntaremos aquí algunos brevemente.

Pues para la primera cosa, que es buscar su mantenimiento, basta para ejemplo desto la hormiga; la cual cuanto es mas pequeño animal, tanto mas nos declara la providencia del Criador. Vemos pues con cuánta diligencia se provee en el verano para el tiempo del invierno, y cómo hace su alholí en que guarde el grano que allegó, y cómo lo saca al sol para que no se le pudra, y lo vuelve á encerrar despues de enjuto, y (lo que es mas admirable) halló manera cómo estando el grano debajo de la tierra mojada, no pudiese nacer. Pues ¿cómo pudiera la cabeza de un tan pequeño animalillo hacer esto, si no fuera enseñado por aquel maestro y proveedor universal de todas las cosas?

Pues ¿cuánto habia aquí que poder decir de las habilidades que las abejas tienen para hacer la miel de que se mantienen? ¿Cuánto de la sutileza de las redes que hacen las arañas para cazar moscas, que es la caza de

(c) Ad 1. arg.

que se sustentan? Demas desto, todos cuantos animales se mantienen de yerba, en naciendo tienen conocimiento de todas las yerbas saludables, y de las ponzoñosas, para no tocar en ellas.

Tampoco les faltan habilidades para escapar de los peligros, ó por fuerza, ó por lijereza, ó por maña, ó por temor, que los hace solícitos en la guarda de sí mismos; porque ningun animal nace sin temor de la muerte. Y para huir della les dió el Criador conocimiento de los animales que les son amigos y enemigos. Los pollitos temen el gato, y no el perro. La gallina no huye del pavon, ni del ansaron, y tiene gran miedo al gavilan, siendo tanto menor. Y generalmente todas las avecillas tienen tan gran miedo de las aves que viven de rapiña, que hasta de la sombra dellas tienen miedo. Al ciervo defiende el recatamiento que le causa su natural temor, y á la paloma y á la liebre su lijereza; y así á los demas. Y porque no imaginemos que esto se hace acaso, ni temen otras cosas mas que las que son dignas de ser temidas, ni jamas se olvidan destas. Otras hay que se defienden por arte y industria. De lo cual entre otros ejemplos es uno que refiere Plutarco del perdigoncillo; el cual huyendo de los que le buscan, se tiende de espaldas, y se cubre lo mejor que puede con tierra para no ser hallado. El conejo tambien se vale de su industria; porque hace dos ó tres agujeros en su madriguera, y cuando le aprietan por una boca, escapa y huye por las otras. Mas á todas estas artes y providencias excede la de las grullas, que cuando van camino, y paran á dormir, tienen su centinela que las vela con una piedra en la mano, para que si se durmiese despierte al sonido della. Todos saben esto, y no por esto adoran y reconocen aquí la providencia del Criador que esto les enseñó. Porque ¿qué mas hicieran si tuvieran razon?

Vengamos á la tercera cosa, que es la cura de sus enfermedades. El mismo Plutarco dice que cuando la tortuga se ceba en alguna víbora, tiene por atrica el orégano; y así lo busca, y con él sana. El mismo autor dice que cuando en la isla de Creta es herido el ciervo con alguna saeta, busca una yerba que llaman dictamo, con cuya virtud despide de sí las saetas. En lo cual respaldese la sabiduría y providencia del Criador, que no quiso dejar á este animal, tan acosado de los monteros, sin remedio, y (lo que no es de menor admiracion) sin leer á Dioscórides, le dió natural conocimiento deste remedio. Y no es ménos admirable el conocimiento que tiene la golondrina de la celidueña para curar los ojos de sus hijuelos; y con la misma yerba curan las culebras los suyos; de las cuales aprendieron los médicos la virtud desta yerba para curar los nuestros. En las cuales cosas vemos cómo los brutos no solo se igualan con los hombres, haciendo sus obras tan perfectamente como si tuvieran razon; mas ántes los exceden en el conocimiento natural que tienen de sus medicinas; el cual los hombres no alcanzan sino con largo estudio de letras, ó aprendiéndolo dellas. Lo mismo se confirma por el conocimiento que los canes y los gatos tienen de las yerbas con que se purgan por vómito. Pues ¿qué diré del animal, por nombre hipopótamo, que rozándose por cosas ásperas se sangra, y despues restaña la sangre revolcándose en el cieno? ¿Qué diré de la cigüena, que de su pico hace un cristel, y tomando en él agua salobre, con la mordicacion della purga el vientre?

Síguese la cuarta cosa, que es la criacion de los hijos;

en la cual, así en el amor, como en la criacion, y sustentacion, y defension dellos, se hallará que ninguna cosa ménos hacen de lo que los hombres que tienen razon. Porque las avecicas primeramente buscan entre las ramas de los árboles el lugar mas escondido, donde juntando unas pajicas con otras hacen uno como cesticco redondo para la criacion de los hijuelos. Y (lo que mas es) buscan algunas plumicas, ó pelicos de cosas blandas, que sirven de colchoncillos para que los hijuelos recién nascidos, y tiernos, y sin plumas, no se lastimen. Y los hijuelos, por pequeños que sean, salen á la borda del nido á purgar el vientre, por no ensuciar la cama, y el padre viene despues, y con el pico echa todos aquellos excrementos fuera. ¿Qué mas diré? Cosa es para dar gracias al Criador, ver cómo el macho y la hembra reparten el trabajo de la criacion, revezándose en calentar los huevos, para que estando el uno sobre ellos, el otro vaya á buscar de comer.

Lo mismo vemos en todos los otros animales de cuatro piés que guardan fielmente la fe y ley del matrimonio, mejor que los hombres, y condenan la ley de los moros, que concede muchas mujeres á un marido, no teniendo los brutos por la mayor parte sino una sola. Mas ¿cuán grande es el amor de las aves para con sus hijos, pues el manjar buscado con tanto trabajo, y encerrado en su cuerpo, lo sacan dél para darlo mastigado y caliente á sus hijos, como hacen las madres á los suyos?

Ni ponen menor cuidado en defenderlos que en criarlos, ni se ponen para esto en orden de guerra con menor artificio que los hombres. Porque las vacas cuando sienten lobos, se hacen una muela, como un escuadron, y encierran dentro sus becerricos; y ellas ponen las caras, y las armas de los cuernos contra los enemigos. Mas las yeguas, ofrescido el mismo peligro, usan de la misma providencia con sus potricos, volviendo las caras á ellos, y las ancas al enemigo, porque entienden que en los piés tienen sus armas y defensivos. Otros animales flacos guarecen sus hijos por arte, como hace el conejo, que cuando sale por la boca de su madriguera á buscar de comer, la deja cubierta con yerbas, ó con lo que puede, para que el cazador no halle abierta la puerta para tomarle sus hijos; á los cuales regala y ama tanto, que se pela los pelos de la barriga para hacerles con ellos la cama blanda. Mas si las aves hicieron su nido en la tierra, y por caso alguna culebra se los quiere comer, es cosa mucho de notar, ver el revolver y piar de la madre al derredor de los hijos para defenderlos del enemigo. Con el cual ejemplo compara Gregorio, teólogo, la sollicitud y diligencia de la madre de los siete macabeos (d), para que sus hijos no perdiesen juntamente con la fe la vida de sus ánimas.

Otra cosa añadiré aquí de mucha consideracion, la cual me refirió una persona dignísima de fe. Y esta es, que vió una águila real tener su nido en un árbol grande, y vió que muchos pajaritos hacian en él sus nidos con la misma providencia que las golondrinas hacen los suyos en nuestras casas, para tener sus hijos seguros de las aves enemigas. Pues así estos pajaritos los hacian en este árbol, para que á sombra del águila (de que huyen todas las aves) estuviesen los hijuelos seguros de sus contrarios. Y en lo uno y en lo otro se ve el recaudo de la divina Providencia, que enseña á estas avecitas á

(d) 2. Mach. 7.

§. III.

Tercera demonstracion, por la admirable fábrica de los cuerpos de los animales.

A esta tan clara demonstracion se añade otra muy semejante á ella, y no ménos clara ni ménos eficaz, que se colige de la fábrica admirable, y artificio singular con que están fabricados los cuerpos de todos los animales, tan acomodada á lo que conviene para la conservacion de sus vidas. Si no, veamos cuán proporcionado está el cuerpo del pece para nadar, y del ave para volar, y del galgo para correr, y del leon con sus dientes y uñas para pelear, y de las aves de rapiña con sus picos, y uñas, y lijereza de alas para cazar, y así todos los demas. Las aves que se mantienen de pesces (como el cisne y otras semejantes) tienen las piernas largas para andar por las lagunas, y los cuellos en la misma proporcion para alcanzar los pesces que andan en lo bajo, y los piés como palas de remos, con que ellas reman y nadan, y algunas con los picos llanos, y con unos dienteillos dentro, para retener el pesce que no se les vaya. El camello tambien tiene el cuello alto, porque tal tiene el cuerpo, para que pueda llegar á la tierra para pascor. Y porque fuera cosa fea y pesada si el elefante tuviera el pescuezo conforme á la grandeza de su cuerpo, en lugar desto se le dió aquella trompa flexible y ternillosa, de la cual se sirve como de una mano para comer y beber, y para todo lo que quiere.

Demas desto vemos cómo la divina Providencia vistió todos los animales, unos de plumas, otros de lana, otros de cueros, otros de conchas, otros de pelos, otros de escamas. Los cuales vestidos les duran toda la vida, y (lo que mas es) crescen juntamente con sus cuerpos.

Esto está dicho aquí brevemente y en commun de la fábrica de los cuerpos de los animales, en la cual abiertamente respaldese el artificio de la divina sabiduría. Pero mucho mas claro respaldese ella, si descendieremos á tratar por menudo de las partes de los cuerpos de los animales, y señaladamente del hombre, que difiere poco dellos en esto. En cuyo cuerpo hay tantos secretos y maravillas, que dieron materia á grandes médicos y filósofos, de escribir muchos y grandes libros del artificio admirable que en ellos hay. Y ni aun con todo cuanto escribieron, pudieron agotar todas las maravillas que en esto hallaron. Y por haber tanto que decir en esta materia, y haber tocado algo della en nuestra Introduccion del Simbolo, pasaremos aquí brevemente por ella.

Advertiendo primeramente que nuestra ánima (con ser una simple substancia), tiene tres facultades tan principales, que las llaman los filósofos por estos nombres: Anima intelectual, y sensitiva, y vegetativa. La intelectual sirve para entender las cosas espirituales y universales con la lumbré del entendimiento (la cual tenemos commun con los ángeles). La sensitiva es para sentir las corporales y particulares con los cinco sentidos corporales, que son oír y ver, etc. La cual tenemos commun con los brutos animales, que tienen los mismos sentidos que nosotros. La vegetativa sirve para mantener nuestros cuerpos, restaurando con el manjar que comemos lo que el calor natural siempre gasta, y haciendo crescer nuestros cuerpos hasta cierta medida con él. La cual facultad tenemos commun con los árboles y plantas que así crescen y se mantienen con el hu-

buscar lugar seguro para sus hijos, y al águila dió corazon tan generoso para que ni se cebe en cosa tan baja, ni toque en estas aves que se fiaron de su amparo y nobleza; como lo hacen los grandes señores cuando algunos delincuentes se acogen á sus casas. Y en esto tambien se verá la perfeccion desta misma Providencia, la cual con el ejemplo de las aves nos incita á las virtudes; como lo vemos en la nobleza desta águila, y del gavilan, y en la caridad y agradescimiento de las cigüenas para con sus padres viejos.

Y pues he llegado á este punto del ejemplo que nos dan los brutos animales, diré una cosa, que si no fuera á vista de muchos testigos, no me atreviera á referirla. Y fué así, que estando dos perros en un monasterio nuestro, acertaron á dar una gran cuchillada á uno dellos lejos del monasterio, con la cual quedó en tierra mas para morir que para vivir. Pues el otro perro visto el mal del compañero, lo visitaba y le lamia la herida, que es una eficazísima medicina para este mal (como en nuestra Introduccion se escribe). Desto no me maravillo tanto; pues en el Evangelio (e) hallamos mas caridad en los perros que en los criados del rico avariento; pues ellos no le daban limosna, mas los perros le hacian la que podian, que era lamerle las llagas. Lo cual refiere allí nuestro Salvador para confusion de los hombres, en quien se halla ménos humanidad que en los perros. Pero de lo que mas me maravillo es, que llevaba un pedazo de pan en la boca para dar de comer á quien no lo podia buscar. Esta piedad ordenó el Criador que se hallase en los perros, para confusion de los hombres ajenos de toda humanidad y misericordia. Y no será esto increíble á quien hubiere leído los ejemplos admirables que Plinio cuenta de la fidelidad de los perros para con sus señores.

Pues volviendo al propósito, considerando los filósofos estas y otras semejantes habilidades que se ven en las criaturas, forman esta razon con que prueban haber en este mundo un potentísimo y sapientísimo gobernador que lo rige. Porque vemos (dicen ellos), que todos los animales brutos hacen todo aquello que conviene á su conservacion, tan á su propósito, y tan acertadamente como si tuvieran razon, y sabemos que carecen della; luego habemos de confesar que hay en este mundo una razon universal, que es una summa sabiduría que formó todos estos animales con tales inclinaciones, que sin tener razon hagan todo aquello que les conviene, tan acertadamente como si la tuvieran. Porque (poniendo ejemplo en una cosa) ¿de qué otra manera hicieran su nido las golondrinas si tuvieran razon, que como lo hacen? y ¿de qué otra manera criarán sus hijos, sino como los crián, y de cuál otra manera los padres repararían entre sí tan igualmente el trabajo de la criacion, sino como lo reparten? y ¿de qué otra manera mudarán los aires, y las regiones en sus tiempos para su conservacion, sino como los mudan? Considerando pues Sant Augustin todas estas cosas, y otras muchas mas que se ven en las criaturas, dijo aquellas tan memorables palabras (f): Tengo por cosa tan cierta que hay en este mundo una primera y summa verdad que se conoce por las cosas criadas, que ántes dudaria de mí si vivo ó no vivo, que dudar della.

(e) Luc. 16. (f) Confess. lib. 7. cap. 40.

mor de la tierra, como nuestros cuerpos con sus propios manjares.

Pues cuanto al artificio desta fábrica particular, la primera cosa que se nos ofresce es la armazon de los huesos de todo el cuerpo, dende los piés hasta la cabeza, donde es mucho de considerar la encajadura de los unos con los otros, hecha con tanto compas y proporcion, que ningun oficial en mucho tiempo la podria hacer tan ajustada y perfecta como ella está. Y no son ménos admirables las cuerdas y ligamentos con que estos huesos están enlazados unos con otros para que no se puedan fácilmente desencajar, si no fuese con grande violencia. Ni es ménos de considerar que en el un lado del cuerpo hay mas de ciento y cincuenta huesos, y en el otro otros tantos que les corresponden en el mismo sitio, y en la misma figura, y en el mismo tamaño, sin exceder en un solo cabello la caña de un brazo á la del otro, y la de una pierna á la de la otra, ni de una costilla ó artículo á otro.

Pues para cubrir todos estos huesos de carne y de sangre, que es para hacer carne del pan que comemos (que es un linaje de alquimia natural), ¿cuántos cocimientos, cuántas digestiones y repurgaciones, y cuántos oficiales son menester para esta conversion?

Entre los cuales el primer oficial es la boca, donde se hace la primera digestion, para la cual sirven los dientes delanteros, que son agudos para partir el manjar, y los traseros que son llanos, para molerlo despues de partido. Y con esto se junta el oficio de la lengua para traspalar el manjar de una parte á otra, porque vaya mas digesto.

Síguese luego el garguero, por do el manjar deciede al estómago, donde se cuece como en una olla, con el calor del corazon y del hígado, que le son vecinos. Cocido ya y digesto, va por un portillo que tiene, á los intestinos mas vecinos, de los cuales nascen unas venas delicadissimas que van á parar al hígado, por las cuales él chupa y atrae á sí lo mas delicado del manjar que allí cayó, y lo grosero dél queda para mantenimiento de las tripas, y para despedirlo despues fuera de casa. Mas el hígado recibiendo en sus senos el licuor susodicho, le da otro cocimiento con que de blanco lo hace de color de sangre, conforme á la que él tiene. Y porque tambien aquí hay superfluidades, estas despide él para otros lugares y provechos. Y así las heces, y como borra desta sangre, envía por sus venas al bazo, de que él se mantiene. Y la superfluidad de la cólera envía á una bejiguita que está pegada con él, donde está recogida la hiel. Y purificada desta manera la sangre, como fiel despensero la envía por todas las venas, de que todo el cuerpo de piés á cabeza está entretejido, y desta sangre se hace la carne con que se mantienen y restauran todos los miembros de lo que el calor natural gastó.

Y asimismo este despensero no se olvida de su señor, que es el corazon, al cual envía su racion de sangre. Y esta recibida en los senos dél, se refina y purifica mas, y se hace una sangre calidissima, que se llama sangre arterial, la cual reparte él y envía por otro linaje de venas, que llaman arterias, las cuales tienen las túnicas dobladas, para que no se rompan con la viveza y movimiento desta sangre. Y para mayor guarda van ellas debajo de las venas, dándoles calor y espíritu de vida.

Mas sobre este señor hay otro superior, que es el cerebro, al cual envía el corazon por sus caños aquella san-

gre que refinó, de la cual tomando otro nuevo cocimiento y purificacion, se hace la masa del cerebro, que son los sesos, los cuales por sus conductos descenden por todo el espinazo, y desta masa blanca proceden los nervos que se reparten y derraman por todo el cuerpo, así como las venas y las arterias, y por esto se comunican á todo el cuerpo los espíritus que llaman animales, los cuales son causa del sentido y movimiento de nuestros miembros. Y por esto cuando por alguna ocasion se entupen estas vías, quedan los miembros paralizados y sin movimiento alguno, porque no pueden estos espíritus pasar adelante.

En cada cosa destas hay muchas y grandes maravillas que considerar. Pero la mayor es la que notó Salomon (g), el cual con toda su sabiduría no halló en todas estas obras de Dios (y señaladamente en esta fábrica de los cuerpos de todos los animales) cosa alguna que sobrase ni que faltase. Y con ser innumerables las especies de los animales que andan por la tierra, y nadan en la mar, y vuelan por el aire, ni Salomon, ni cuantos sabios puede haber en el mundo, hallarán en tanta muchedumbre y variedad de criaturas cosa que sobre, ó que falte, ó que se pudiera colocar en otro lugar y sitio del cuerpo, mas conveniente del que tiene. Por donde este sabio concluye que las maravillas y perfeccion deste artificio bastan para convencer y mostrar á todos los entendimientos, que una fábrica tan perfecta y acabada no se pudo hacer acaso, sino con summa sabiduría y providencia del que todo esto ordenó. Porque si sería gran locura decir que un retablo de imágenes perfectísimas y hermosísimas se hizo de una rociada, mo- jando un hisopo en diversas tintas, y sacudiéndolo sobre una tabla, sin otra alguna industria, ¿cuánto mayor locura sería decir que un cuerpo humano, ó de cualquier otro animal perfecto (donde hay tanta variedad de miembros y sentidos exteriores y interiores, tan acomodados al uso y servicio de la vida), se hiciese acaso, sin tener hacedor que todo esto trazase con tanta perfeccion y proporcion como ello está?

Por esto pues dice Salomon que vienen los hombres á honrar á Dios, conociendo por esta obra tan admirable la alteza de aquella summa sabiduría que tales cosas supo y pudo hacer. Esta es pues la demonstracion por la cual evidentemente prueba el príncipe de los médicos, Galeno, que hay una summa sabiduría fabricadora desta obra tan perfecta.

§. IV.

Cuarta demonstracion por la orden y concierto de las cosas criadas en este mundo mayor.

Mas no se acaban aquí los testimonios y argumentos desta tan importante verdad. Porque así como la fábrica y orden de las partes del cuerpo humano (que se llama mundo menor), dan testimonio della; así las deste mayor en que vivimos, prueban esta misma verdad. Lo cual nos muestra la variedad de los movimientos del sol, y de la luna, y de todos los cielos, de que procede la variedad de los cuatro tiempos del año, tan acomodados á la procreacion de los frutos de la tierra y de los animales della, pues cada año (que es una revolucion del mismo sol), se produce quasi otro nuevo mundo, para que la corrupcion de las cosas que se acaban, se supla con la sucesion de otras que comienzan, para que

(g) Sap. 13.

así se conserve el mundo, haciéndose por esta vía inmortal, siendo poblado de cosas mortales. Y así vemos cada año nascen nuevos animales en la tierra, nuevos peces en la mar, nuevas aves que vuelan por el aire, y junto con los animales se produce cada un año nuevo pasto y mantenimiento para ellos y para nosotros, para que así se conserve lo que así se produjo, y esto tan ordinaria y infaliblemente, que jamas ha faltado ni faltará hasta la fin esta orden y renovacion del mundo.

Esta consideracion prueba con tanta eficacia la verdad susodicha, que hasta los filósofos gentiles, sin tener lumbre de fe, la conocieron y testificaron. Y así Tulio confiesa (h) que en este mundo hay Dios que rige y gobierna el curso de las estrellas, y las mudanzas de los tiempos, y la sucesion de las cosas, y el que conserva las órdenes dellas; y contemplando la mar y las tierras, procura el bien y la salud de la vida humana. Séneca tambien dice así (i): Superflua cosa es querer mostrar que tan grande obra como es este mundo, carezca de gobernador. Porque este curso y recurso tan cierto de las estrellas no puede ser acaso; ántes habemos de confesar que esta lijereza y velocidad dellas procede del imperio de la ley eterna. Y que esta tan grande abundancia de las cosas que nascen de la mar y de la tierra, y tan grande resplendor de clarísimas estrellas que ordenadamente relucen, y esta orden tan cierta no se hace acaso, sino con grande consejo. Por el cual vemos cómo el gravísimo peso de la tierra está fijo en el lugar mas bajo, mirando cómo al derredor della corren con tanta lijereza los cielos, y los mares recogidos en sus valles ablandan las tierras, y no crescen con tantos rios como entran en ellos. Y no es cosa ménos admirable ver cómo de unas pepitas muy pequeñas nascen árboles tan grandes. Ni es ménos admirable ver los flujos y reflujos de la mar, que en tan breve tiempo se extienden y revuelven con grande ímpetu á su propio lugar, unas veces con mayores crescientes, y otras con menores, segun que la luna cresce y mengua, por cuyo arbitrio las ondas del mar Océano se mueven y rigen. Lo de suso es de Séneca, el cual reconoció el orden de la divina Providencia que en estas cosas resplandescen. Y por esto (como dice Lactancio), ningun hombre habrá tan rudo ni tan bárbaro, que levantando los ojos al cielo (aunque no sepa cuál sea el verdadero Dios, por cuya providencia se rige todo esto que vemos), no conozca por la grandeza de las cosas, y por el movimiento, y disposicion, y constancia, y utilidad, y hermosura, y orden dellas, que hay alguna divinidad que todo esto gobierna, y no ser posible que esto que con tan maravillosa razon y orden se conserva, no se rija con mucho mayor consejo.

§. V.

Quinta demonstracion.

Demas de las razones susodichas tuvieron los filósofos otro fundamento ó motivo para creer que habia Dios; puesto caso que no lo veian, ni él se puede ver con ojos corporales. Y esta fué mirar que ninguna nacion habia en el mundo, por fiera y bárbara que fuese, que no tuviese alguna noticia de Dios, y no lo honrase con alguna manera de honra, puesto caso que ni supiese cuál era el verdadero Dios, y cuál la manera de honrarlo. La causa desto es, porque el mismo Dios que imprimió

(h) 1. De nat. Deor. (i) Senec. lib. de divin. provid.

en los corazones de los hombres una natural reverencia y amor para con los padres que los engendraron, y para con los príncipes y señores que los gobiernan, ese mismo imprimió tambien en ellos otro amor y reverencia para con el mismo Dios, que es Padre de los padres, y Señor de los señores, y dador de todos los bienes. Pues desta inclinacion nasce la noticia que todas las naciones, por bárbaras que sean, tienen de alguna manera de divinidad, que en este mundo preside, y la honran con alguna manera de honra, segun dijimos.

CAPITULO II.

Cómo en este mundo hay un solo Dios y Señor, y que es imposible haber muchos dioses.

Declarado ya con tan evidentes demonstraciones cómo en este mundo hay un supremo Señor y gobernador de todo lo criado, que llamamos Dios, síguese declarar luego que no hay mas que un solo Dios, y que es imposible haber muchos dioses. Lo cual breve y evidentemente se prueba por esta razon. Porque si hubiese (pongo por ejemplo) dos dioses diferentes entre sí, necesariamente habia de haber alguna cosa especial que tuviese el uno, con que se diferenciase del otro. Pregunta pues si esto que tiene el uno, que no tiene el otro, es perfeccion, ó imperfeccion. Si es imperfeccion, ya ese no será Dios; porque en Dios no ha de haber alguna imperfeccion. Mas si es perfeccion, ya el otro no será Dios, pues le falta esa perfeccion. Porque Dios es una cosa summamente perfecta, y tal, que no se puede entender otra mayor.

Confirmase tambien esta verdad por este ejemplo. Vemos que en toda buena gobernacion ha de haber una cabeza por quien todo se gobierne en paz y concordia. Así vemos que en el ejército bien gobernado hay un capitán general, que todo lo ordena; y en el reino un solo rey, que todo lo rige; en la ciudad un supremo presidente, que la gobierna; y en la casa un padre de familias, á quien todos obedecen; y hasta en el cuerpo humano hay una sola cabeza, que influye su virtud en todos los miembros. Por donde como sería gran monstruosidad haber en un cuerpo dos cabezas, así lo sería haber dos gobernadores con igual poder en una república bien ordenada. Porque no podrian dejar de seguirse de aquí disensiones y bandos, siguiendo unos una parcialidad, y otros otra. Por donde dijo el Salvador (a) que otro reino dividido sería destruido. Y no es necesario ir muy lejos por los ejemplos desto; pues vemos que Rómulo y Remo, fundadores de Roma, habiendo cabido ambos en un mismo vientre, no pudieron caber en una ciudad; y César y Pompeyo, que eran suegro y yerno, tampoco cupieron en todo el mundo. Pero ¿qué mayor argumento queremos que el ejemplo de las abejas, en las cuales imprimió el Criador este instinto, que tengan un solo rey á quien acompañen y sigan á do quiera que va; al cual aman tanto, que si acaso muere, todas lo cercan al derredor, y si no se le quitaren delante, allí se estarán sin comer hasta morir? Y con todo este amor, si aciertan á tener dos reyes, matan el uno, y quédanse con el otro solo.

Constándonos pues que toda buena gobernacion procede de una cabeza, y mirando cómo este mundo es perfectísimamente gobernado (pues vemos cuán ciertos y infalibles son los movimientos de los cielos, del sol,

(a) Luc. 11.